

GREGORY, Eileen, *H. D. and Hellenism. Classic Lines*, C.U.P., Cambridge, 1997, xii + 321 págs.

El presente trabajo de la profesora Eileen Gregory dentro del campo interdisciplinar de la tradición clásica en la literatura norteamericana es un recorrido crítico no sólo por la obra de la poeta norteamericana H. D. (seudónimo de Hilda Doolittle, 1886-1961), sino también por las diferentes posturas críticas que su producción ha suscitado. La principal preocupación de la autora es la ubicación y calificación que el clasicismo de H. D. ha recibido en la historia literaria.

H. D. fue representante a comienzos de siglo del movimiento imaginista creado por los innovadores T. S. Eliot, Hulme, Pound y Lewis, que supuso una radical ruptura con la tradición inglesa. Más tarde, sin embargo, por razones no sólo estéticas sino también ideológicas, se distanció de ese grupo. Se unió a una tendencia de los Estudios Clásicos alejada de la línea de Nietzsche (la defendida por Pound y Eliot) que hizo que su clasicismo fuese

calificado como 'romanticismo femenino', con lo que de peyorativo ambas palabras connotaban en la época. Quizá para explicar esta situación basten las palabras de la propia H. D., quien se sentía una Furia en lucha contra «toda una tribu de académicos helenistas» («a whole tribe of Academic Grecians», cit. en pág. 66).

Para Gregory el clasicismo que unió a todos aquellos artistas es radicalmente diferente del helenismo de H. D. No es éste exclusivamente un producto del fin de siglo, aunque son muchos los críticos que han visto en su utilización de lo clásico una máscara con la que ocultar y a la vez ahondar en sus propios problemas; por el contrario, su especificidad le viene de su labor de traductora, intérprete y, sobre todo, de *lectora* de textos clásicos, que van a ser percibidos de una manera radicalmente distinta.

Así pues, H. D. no habría pertenecido, según Gregory, a la línea de los últimos helenistas románticos franceses e ingleses del movimiento decadentista, para quienes Grecia aportaba un sentido tradicional, continuo, puro y hermético; por el contrario, su helenismo fue de 'corte alejandrino': Grecia se opone a Egipto, lo clásico a lo arcaico y, frente al puro helenismo continental, se sitúa la amalgama de razas, religiones y espiritualidad de Alejandría. Esta ciudad era considerada a comienzos de siglo como símbolo de 'la línea ininterrumpida' ('the unbroken line') de tradición clásica que arrancaba desde la Antigüedad. La fascinación que suscitó en modernistas y decadentistas es la misma que produjo en H. D.: la de la ciudad decadente. Gregory afirma que esta afiliación a la ciudad de Alejandría es comparable a la de Cavafis: para ambos viene a ser no una decadencia en el sentido local, concreto, sino que, por el contrario, representa la imagen universal de la decadencia de la Humanidad (en este sentido H. D. se distanciaba de Pound, para quien esta decadencia era una cualidad negativa surgida de la pérdida de una supuesta pureza primigenia). Además, no podemos olvidar que a esta línea ininterrumpida se asocia el homoerotismo presente a lo largo de su historia literaria: desde Calímaco a Teócrito o autores del siglo XX como Forster, Durrell, Doty o el mencionado Cavafis. A este último, además, le une el hecho de haber vivido en Inglaterra durante el periodo de auge de las corrientes simbolistas y decadentistas y el debate sobre el clasicismo.

Es sobre este modelo de helenismo, el asociado con la nostalgia, lo heterodoxo, el hermetismo y la amalgama de diferentes tradiciones, sobre el que Gregory reflexiona a lo largo del libro. Las páginas dedicadas a la nostalgia en su producción literaria son, en palabras de la estudiosa —lo cual podría ser un buen resumen de las claves poéticas de la obra de H. D.—. «una asombrosa indagación (*un uncanny excavation*) en las dimensiones originales de la nostalgia: desplazamiento de la guerra, privación maternal, la primacía del cuerpo y de la memoria, la oposición a los argumentos *ilustrados* contra el afecto y la añoranza» (p. 32).

Gregory disiente de otras estudiosas que, como Friedman, explican el entramamiento en la historia literaria de H. D. a partir de su posición de mujer-poeta en un mundo contado y creado por hombres. Aunque Gregory no deja de tener en cuenta esta hipótesis (que abordará en el capítulo «La transmisión y la línea femenina», pp. 52-66), afirma con todo que la explicación es inherente a su clasicismo, ya que basándose en la oposición de la época clásico-romántico, es decir, ortodoxo-ordenado-masculino frente a heterodoxo-caótico-femenino, el helenismo de H. D. no podía ser sino marginal.

El libro se divide en dos partes. La primera, como ya hemos visto, examina el helenismo de la poeta, es decir, en qué corriente crítica de los Estudios Clásicos de la época ha de situarse y definirse. La segunda profundiza en la recepción en la labor literaria y ensayística de H. D. de tres grandes clásicos: Safo, Teócrito y Eurípides.

Es en la primera parte donde la autora hace una interesante reflexión sobre el contexto bélico y academicista de los Estudios Clásicos en la época, que tan profundamente condicionó a todos los artistas de la época. En esta reflexión clasicismo-guerra, H. D. se acercó a la correlación arte-violencia y buscó en la figura de Eurípides una diferente posición ideológica; partiendo de esta base dedicará un capítulo a la repercusión de la obra de Eurípides en su producción poética. Igualmente relevante es la afirmación de Gregory de que escritores como Swinburne o Pater, afiliados al ya mencionado helenismo alejandrino, actuaron como 'antepasados' — la poeta acuña el término «foremothers» a partir del esperado por el público de habla inglesa, 'forefathers' — en una tradición homoerótica que proporcionó a H. D. un código de 'sexualidad transgresiva' para representar la sexualidad femenina, aspecto en el que recientemente ha profundizado Cassandra Laity (*H. D. and Victorian Fin de Siècle: Gender, Modernism, and Decadence*, C.U.P., Cambridge 1997).

En esta primera parte encontramos otros dos capítulos que constituyen una brillante manifestación crítica del papel que juega el erotismo en la obra de la poeta; son los que llevan por título «El modelo dórico y el erotismo blanco» («The Dorian Model and White Eroticism», pp. 90-107) y «Ascesis: el cristal y la sal» («Ascesis: the Crystal and the Salt», pp. 85-90). El primero aborda el sentido del término 'ascesis' en la obra de H. D. como imagen de la austeridad y disciplina en el arte. La autora aprovecha la recreación que Pater había a su vez hecho de este término asociándolo a la figura del joven atleta espartano. Pater, seguidor de la escuela de Winckelmann, insistió en esta figura como ideal griego y al mismo tiempo ubicó la esencia del helenismo en la institución del homoerotismo masculino. La homosexualidad masculina representaba en esta escuela un eros superior, con lo que implícitamente se marginaban del modelo el cuerpo y el deseo femenino. Ello explica la remodelación que la idea experimenta en manos de H. D., quien concibe su propio helenismo como seguidor del modelo dórico: la poeta se valdrá de imágenes utiliza-

das tradicionalmente para la representación de la homosexualidad masculina (como, por ejemplo, las estatuas de mármol como símbolo de la perfección espiritual y la androginia) para representar el homoerotismo femenino. De este modo logró deslegitimar la única posibilidad que hasta entonces se había dado: la línea abierta por Safo con la recuperación de la figura de Afrodita. Valga ello como una prueba más de la manipulación de los textos clásicos y la misoginia de estas primeras décadas del siglo XX, que fueron relevantes y especialmente notables en el campo de los Estudios Clásicos.

Un capítulo muy revelador es el dedicado al influjo de los estudios de la antropóloga de la escuela de Cambridge Jane Ellen Harrison, sobre todo porque la poeta nunca lo reconoció explícitamente. Gregory demuestra este influjo rastreando los escritos que publicó Harrison y que, de una manera u otra, sirvieron para la utilización que H. D. hizo de algunas figuras religiosas griegas como las sacerdotisas.

La segunda parte de la obra es la dedicada a la intertextualidad clásica, que, como afirma rotundamente Gregory en la introducción, es la mayor fuente de inspiración histórica, estética e ideológica de la autora. Dedicada a los estudiosos varios capítulos al dramaturgo Eurípides, una presencia constante en la reflexión sobre la producción poética de H. D. En «Eurípides: tiempo y trabajo imaginario» («Eurípides: Dream Time and Dream Work», pp. 179-233). llega a afirmar que el tragediógrafo griego es el modelo arquitectónico sobre el que se basa el helenismo de H. D. La calificación del dramaturgo que hizo la poeta norteamericana como «rosa blanca, lírico, femenino» («white rose, lyric, feminine», p. 181), junto con la producción ensayística que dedicó al autor son una prueba más de su influjo. Destaca Gregory la reflexión sobre la figura de Helena y su recreación basada en el modelo propuesto por Eurípides, así como el énfasis que pone en la importancia de la voz coral y su influencia en la poesía de H. D., lo cual es de especial interés si tenemos en cuenta la aportación a la escena griega que hizo el dramaturgo: una voz única con una identidad múltiple, una única emoción en una experiencia colectiva es el reflejo de la polifonía o voz dialógica de una obra tan reveladora como «Helen in Egypt».

A continuación encontramos un capítulo dedicado a la poeta Safo, un influjo reconocible, aunque la labor de H. D. —en este caso nula como traductora o intérprete— se haya centrado en su experiencia como lectora. Partiendo de lo ya defendido por otros críticos, Gregory se dedica exclusivamente a buscar huellas textuales de la poeta lesbiana. A mi modo de entender, una de las conexiones más bellas que establece la autora es la siguiente: «Los fragmentos de Safo le enseñan la intimidad radical en el discurso erótico dirigido a un ser imaginado [...]. Los coros de Eurípides le proporcionan un modelo de una voz común eróticamente refractada e implicada dentro de un sublimado contexto dramático» (p. 136). Tampoco olvida que la poeta griega representa en la tra-

dición occidental no sólo el amor en crisis no consumado y el deseo homoerótico femenino, sino también la recuperación de Afrodita frente a Ártemis. Conectado con este capítulo está finalmente el dedicado a Teócrito (pp. 161-173) que pone de manifiesto la huella de un erotismo corporal, en definitiva, el éxtasis sublime de lo humano y terrenal.

El libro incluye un valioso apéndice comentado de los poemas de H. D. utilizados para el ensayo y ordenados cronológicamente (pp. 233-257). En él se detalla la tradición clásica precisa para una completa y correcta comprensión de los poemas. Seguidamente encontramos una segunda clasificación de los poemas, ordenados esta vez según la intertextualidad encontrada en ellos: influjos de Calímaco, de Homero o de los ya mencionados Safo. Teócrito o Eurípides. Se leen a continuación las notas clasificadas por capítulos, donde la autora amplía su opinión o la bibliografía relativa al tema. El ensayo finaliza con la bibliografía utilizada —que no es simplemente muy amplia de perspectivas, sino que recorre un largo camino en los estudios de tradición clásica— dos índices, onomástico y de materias.

En conclusión, se trata de un libro muy sugerente, ampliamente documentado y con un gran espíritu de búsqueda de nuevas lecturas en una obra poética muy compleja; que utiliza la propia producción poética de la poeta bien como documento para reflexionar, bien como manera de ahondar en la universalidad de la tradición clásica. En definitiva, ameno y enriquecedor.

M^a CARMEN PALOMO GARCÍA